

¿QUIÉN DIJO CRISIS?

Santos Juliá, *El País, Babelia*, 12 de diciembre de 1998

El 98 no fue el Sedán de la Monarquía española, escribe Carlos Dardé, y añade Juan Pro: hablar de crisis del 98 en política no pasa de ser una convención sin contenido real. Desde una óptica económica, corroboran García Delgado y Jiménez, más que de crisis, habría que hablar de psicosis de crisis. Y tratando de literatura, José-Carlos Mainer recuerda que en el 98 hubo más de modernización y creatividad que de negatividad y nostalgias. Ni España era tan diferente, ni estaba tan atrasada, ni la crisis fue tan excepcional, resume Dolores Elizalde. Y Álvarez Junco concluye que el desastre de 1898 es un caso claro de exageración o percepción sobredimensionada de unos acontecimientos de limitada importancia en sí mismos.

Se ha producido, pues, con ocasión de esta marea de libros en torno al 98 un acuerdo general que podría resumirse en dos afirmaciones: aquello no fue para tanto; los contemporáneos exageraban. De lo primero, los hechos cantan: el sistema resistió tan impertérrito que el mismísimo Sagasta volvió a la cabecera del banco azul tres años después de haber presidido el desastre. De lo segundo, no hay más que escuchar los clamores regeneracionistas, los lamentos por la patria moribunda, para medir los excesos de los que, entre otros, Ramón y Cajal andando el tiempo se arrepentiría.

Si la crisis fue un producto de la imaginación, si nunca ha existido un 98 en política, en economía ni en nada de nada ¿cómo se explica tanto libro con el infausto número en la portada? Pues quizá porque, a pesar de su no-ser real, el 98 conserva su morbo como ser en la conciencia. Es todavía hoy un excelente pretexto para hablar de otras cosas, una puerta de entrada para echar una mirada al célebre *fin-de-siècle*, en el bien entendido de que ese concepto se acuñó en Francia cuando comenzaban los años 80 del siglo pasado. De esta forma, la visión se amplía en el tiempo y se extiende en el espacio y el 98 se convierte en ocasión para tratar de todo lo que fue España en un impreciso periodo de tiempo que unos remontan a los comienzos de la Restauración y otros prolongan hasta el golpe de Primo de Rivera. Ya se comprende que esta manera de abordarlo es como acceder a un supermercado en el que hay de todo: política y economía, sociedad y cultura, guerra y prensa, Cuba y Filipinas. El problema es que en los grandes almacenes las mercancías suelen ser redundantes.

Arquitectos y empresarios

Ocupando un considerable espacio del gran bazar, los políticos y la política. Carlos Seco gusta de emplear el lenguaje arquitectónico cuando define el sistema como un edificio, con sus tres primeros pisos construidos por Cánovas y el cuarto añadido por Sagasta. Un edificio de bellas y elegantes proporciones que remedió el caos revolucionario y que garantizó la paz, el progreso y el civilismo. No importa que un general echara los cimientos de la hermosa construcción a la que otro militar aplicó la piqueta; tampoco importa demasiado que siendo Cuba parte de la nación, y librándose allá una guerra interminable, luego continuada en Marruecos, siga vigente el mito de los 50 años de civilismo y de paz. Lo que importa es que un turno pacífico de dos

partidos, producto del diseño integrador del arquitecto Cánovas, sustituyera a los espadones en las costumbres de la elite política. Que todo el resto se quedara a la intemperie no parece motivo de mayor preocupación.

Menos inclinado al compás y a la regla, José Varela Ortega ha recurrido con imaginación y fino humor a la teoría de la política como mercado para discernir los elementos claves de nuestra cultura política. Varela partía de un trato como de familia con los políticos de la Monarquía restaurada. Lo sabe todo de ellos y si en aquel libro espléndido que fue *Los amigos políticos* interpretó el sistema por los vínculos de amistad reduplicados en lazos de parentesco, en su visión actual los amigos se transmutan en empresarios que actúan en un mercado de escasa demanda, con baja participación del público. Las cosas marcharon razonablemente bien mientras la demanda fue administrada por emprendedores caciques locales y los gobiernos se limitaron a labores de ajuste, pero comenzaron a torcerse cuando a una creciente demanda se respondió con mayor presión sobre los caciques y el engorde del ejecutivo. Solo faltaban los regeneracionistas, que tomaron el efecto por la causa, para echarlo todo a rodar: recelo ante el parlamento, reclamo de un ejecutivo fuerte o más bien cebado, leyes, reglamentos. En eso seguimos.

En casi todos estos libros sobre el falso 98, después de la política viene la economía, inversión de prioridad acorde con el espíritu de los tiempos, cuando ya no quedan determinaciones en última instancia a las que recurrir. Y en la economía, el acuerdo hace años logrado no corre peligro: las décadas finiseculares presenciaron cierto dinamismo agrario y avances en el equipamiento industrial. Sobre ese lento crecimiento, el desastre colonial redundó, por una parte, en retorno de capitales, mayores inversiones y creación de un moderno sistema financiero; y, por otra, reforzó el proteccionismo, que era general en toda Europa, empujando al naciente capitalismo español por la vía nacionalista que García Delgado, Roldán, Serrano y Muñoz ya percibieron en su día. Se pueden aportar más o mejores datos, ofrecer otras y más refinadas síntesis, pero el dibujo parece terminado y no hay voces discordantes: al terminar la guerra, el dinero abundaba como nunca en España, asegura Jordi Maluquer.

No parece tampoco que la sociedad haya vivido especiales momentos de crisis. Hubo algaradas y protestas, pero no en grado que llame la atención. Es más, mucha de la retórica del momento se lamenta de todo lo contrario: una sociedad inerte, un populacho que se divierte, una clase media que la noche del desastre asiste a la función como si tal cosa. Pérez Ledesma trata de los factores de movilización popular y de dos corrientes que, si no alumbran con la crisis, reciben con ella un nuevo impulso: el anticlericalismo y la revuelta de aquellas clases neutras a las que Costa dirigió sus proféticas llamadas. Hubo más: nacionalismos y movimiento obrero, pero los miedos a una insurrección republicana, a que los carlistas se echaran otra vez al monte o a que los militares mostraran su frustración con algo más que las consabidas denuncias de los políticos se esfumaron como por ensalmo.

Literatos

Y si en política España iba bien, en economía no iba mal y la sociedad se mantuvo en calma, ¿qué decir de la cultura? Aquí en verdad no ha sido precisa ninguna conversión de paradigma. De antiguo se tiene a la época que va de la Regencia a la Dictadura como la edad de plata de las letras y las ciencias

españolas. La cuestión a debate no ha consistido tanto en si hubo o no crisis de producción cultural, sino en si hubo o no una generación de literatos que deba llevar el número 98, con todas sus adherencias tardorrománticas, pegado a la espalda; si, en efecto, generación del 98 es o no un concepto perturbador para la crítica literaria, como afirmó con énfasis Gullón, o si conserva algún interés mantener ese marbete para definir a unas gentes y, a través de ellas, a una época.

La respuesta depende de la generación a la que pertenezca el crítico. Los que eran *teenagers* cuando el Desastre estaban desde luego convencidos de que sus mayores formaban una generación. Vicente Cacho trata de ellos en un precioso artículo que compara a los adolescentes franceses de 1870 con los españoles de 1898, y que abre el número dedicado al centenario por *Revista de Occidente*. El "adolescente cuando el desastre" por antonomasia fue Ortega, pero años después de la crítica orteguiana, Azaña volvió a ocuparse de la herencia de la dichosa generación -a la que definió como de escala cerrada y amortización de vacantes- en cuatro artículos formidables. Ni uno ni otro tuvieron duda sobre lo que debían a sus inmediatos predecesores: lo cambiaron todo en lo literario, pero dejaron todo tal como lo encontraron en lo político.

Al someter a examen a la generación precedente, aquellos jóvenes no eran conscientes del laberinto en que metían a la crítica posterior. El gusto por las generaciones pasó al grupo poético del 27 con la conocida intervención de Salinas. Los que vinieron después se emplearon a fondo en dilucidar la relación de aquella generación con el problema de España: Laín vuelve siempre a ella como a una obsesión de juventud. Hoy, la polémica agotada: no hay literatura del Desastre, afirma con razón Carlos Serrano, que desde hace años pugna por sustituir el concepto 98 por el de fin de siglo. Lo que pasaba en la creación literaria desde varios años antes del 98, y lo que seguirá ocurriendo en los años posteriores, no tiene nada que ver con el desastre. Tal es la tesis finalmente dominante: en lo que a literatura, arte y ciencia se refieren, todo habría ido más o menos igual aunque nos hubiéramos ahorrado la guerra con Estados Unidos.

En resumen, lo que domina en los libros bajo revista es que no hay 98, sino fin de siglo; que no hay una peculiaridad española sino variantes respecto a tendencias generales en Europa. Sea; pero aquí, lo que se venía cociendo desde años antes, ese rebrote de irracionalismo y romanticismo, ese regusto por el cementerio y el día de difuntos, vino a coincidir con una rotunda y fulgurante derrota ante Estados Unidos. Y por más que los intelectuales de fin de siglo, muy particularmente Unamuno, dejaran constancia para la posteridad de que a ellos la pérdida de las colonias les traía sin cuidado, lo cierto es que, escritores de periódicos como eran, aprovecharon la circunstancia para cumplir la divina misión de agitar los espíritus por ver si aquel pueblo eunuco, aquella masa vegetal, despertaba.

Ingenieros y cirujanos

Fue, por tanto, la tarea de agitación que intelectuales y publicistas echaron sobre sus hombros, lo que impregnó a nuestro 98 de ese sabor especial que hoy suena a desatino. Pues el malestar de la cultura propio del fin de siglo, aquí y en Berlín, no habría pasado a mayores si hubiera quedado reducido a elites exquisitas que escribieran libros de muy escasos lectores,

como *Camino de perfección* o *La voluntad*. Ciertamente, el positivismo hizo agua, la fe en el progreso palideció, la razón tuvo que resistir asaltos formidables. Pero todo eso no explica la distancia entre lo que estaba ocurriendo en la política, la economía, la sociedad, la cultura y los lamentos de una prensa que tras la explosión patriótica de la primavera de 1898, vino a dar por muerta y enterrada a la nación española tras la guerra de verano con Estados Unidos. Una mera crisis intelectual no tenía por qué haber arrastrado un sentimiento tan generalizado de culpa colectiva, de que los españoles no valían para nada, de que esta era una nación inexistente, una charca, un marasmo.

Eso fue, sin embargo, lo que apareció de manera abrumadora en la prensa y en la multitud de libros terapéuticos publicados con ocasión del desastre. No que todo el mundo se entregara a esa retórica: los estudios sobre escritores catalanes y krausistas, y sobre Leopoldo Alas o Juan Valera publicados en *El camino hacia el 98* muestran bien el abuso cometido cuando se mete a todo el mundo en el mismo saco. En general, podría decirse que un selecto grupo de mayores, lo que Laín llama generación de sabios, se mantuvo como lo que siempre había sido, liberal de pura cepa que no se dejó arrastrar por el regeneracionismo rampante. Pero otro grupo, menos selecto tal vez, pero más joven y ruidoso, el primero que adoptó el nombre y la misión de intelectual frente a la masa, rompió ese compromiso liberal y lo sustituyó, en un alarde de ingeniería política y social, por figuras tutelares, por cirujanos de hierro.

Para hacer creíble la necesidad de esas operaciones quirúrgicas no había más remedio que gritar que el enfermo se moría: esa fue la misión que con mucho fervor cumplió la prensa. Pero ¿se moría de verdad? Hoy se nos dice, con la seguridad de quien sabe más del pasado que quienes lo vivieron, que no; que tanto llanto por España fue un desatino, una exageración a la altura misma de los clamores patrióticos que conmovieron toda la prensa en los meses de marzo y abril de 1898. No hubo crisis sino conciencia de crisis, se afirma, como si fuera tan sencillo distinguir la realidad de su percepción, como si la conciencia no fuera la sustancia misma del ser en sociedad. Tan fuerte fue la crisis, y a zonas tan profundas de la conciencia colectiva alcanzó, que todavía hoy, tras argumentar que no la hubo, seguimos dando vueltas a sus consecuencias sobre la política, la sociedad y la cultura.

Libros del 98: Múltiples perspectivas

Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo. Juan Pan-Montojo, coord., J. Álvarez Junco, M. Pérez Ledesma, J. Pro, C. Schmitd-Nowara y C. Serrano. Alianza, Madrid, 1998, 528 págs. Una de las pocas obras destinadas a perdurar de las aparecidas en el año. Seis autores se ocupan con originales trabajos de investigación del impacto del 98 en otros tantos campos de la realidad española: proyecto colonial, movilización social, régimen político, atraso económico, conciencias en crisis y la nación puesta en duda.

1898: *¿Desastre nacional o impulso modernizador?*, *Revista de Occidente*, 202-203 (marzo 1998), 318 págs. Un número realmente estupendo de una de nuestras más veteranas revistas. José Varela ofrece otra variante de su muy sugerente interpretación de la política en la Restauración, pero destaca además la abundante atención dedicada a las dimensiones

internacionales del conflicto, sin olvidar la crisis cultural muy bien vista por Francisco Villacorta.

España en 1898. Las claves del Desastre. Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano, eds., J. L. García Delgado, J.C. Jiménez, J. L. Abellán, L. F. Díaz Larios, S. Alcolea, M. Alonso Baquer, J. Companys y M. C. Seoane. Galaxia Gutemberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 1998, 235 págs. De lo que Seco llama Estado canovista hasta los intelectuales tantas veces visitados por Laín, el 98 sirve como pretexto para resumir las características más salientes de la política, la economía y la cultura de la España de la Restauración.

Imágenes y ensayos del 98, R. Carr, C. Dardé, R. de la Torre, F. Puell, E.I. Fox, C. Malamud, M. D. Elizalde, C. Almuiña, J. Varela, J. P. Fusi, J. M. Marco, Fundación Cañada Blanch, Valencia, 1998, 347 págs. Entre lo acabado de aparecer, estos ensayos interpretativos revisan algunos de los tópicos más habituales sobre la política, la cultura y la prensa, con una atención específica a la situación en las Antillas y en Filipinas.

Tiempos del 98, Roberto Mesa, ed., Fundación El Monte, Sevilla, 1998, 179 págs. Textos de las intervenciones de Seco, Pérez Ledesma, Companys, Laporta, Sánchez-Ron, Yndurain, Cortines y Laín, en unas jornadas sobre aquellos tiempos claramente dominadas por los temas culturales.

Tal como éramos. España hace un siglo. Rafael Núñez Florencio, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, 500 págs. Buen conocedor de la época y autor de obras sobre anarquismo y militarismo, Núñez Florencio presenta un resumen de excelente nivel de la vida diaria, la política, las costumbres, la guerra. Un ejemplo de cómo se debe divulgar la historia sin necesidad de concesiones populistas.

La crisis de 1898. Antoni Marimon, Ariel, Barcelona, 1998, 222 págs. El resumen de los principales acontecimientos de las guerras de 1895-98 sirve como introducción a una útil y amplia selección de documentos que habría sido más valiosa si viniera acompañada de las referencias originales.

Weyler, nuestro hombre en La Habana, Gabriel Cardona y Juan Carlos Losada, Planeta, Barcelona, 1997, 317 págs. Extraordinario personaje este general Weyler, que no dudó en servir la política canovista de responder a la guerra con la guerra. Un magnífico trabajo de investigación unido a una fascinación por la trayectoria del general ha dado como fruto esta biografía que se lee de un tirón.

La Guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial, Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica, Alianza, Madrid, 1998, 494 págs. Algo más de lo que su título promete, este libro trata también de los antecedentes, del orden canovista y de la opinión pública. Un abundante uso de documentación diplomática confirma la tesis de que, de antiguo, los americanos habían decidido ver a España fuera de Cuba.

Las guerras de España en Cuba, Luis Navarro García, Ediciones Encuentro, Madrid, 1998, 231. De la primera a la última de las guerras, esta obra, a diferencia de la anterior, no está tan interesada en la historia diplomática como en la militar: operaciones, campañas, paces y derrota final.

La prensa amarilla norteamericana en 1898, Julián Companys Monclús, Sílex, Madrid, 1998, 115 págs. Autor de obras muy documentadas sobre las relaciones diplomáticas entre España y Estados Unidos, Companys explica aquí una selección de dibujos y caricaturas aparecidas en dos periódicos (*Journal* y *World*) y dos revistas satíricas (*Judge* y *Puck*) antes y durante la guerra.

"Yo pondré la guerra". Cuba 1898: la primera guerra que se inventó la prensa, Manuel Leguineche, El País-Aguilar, Madrid, 1998, 310 págs. Exageraba William Ralldoph Hearst al atribuirse la guerra, pero su figura muestra bien el nuevo tipo de prensa que apareció hacia finales de siglo.

1898. *La prensa y la guerra de Cuba*, Félix Santos, Asociación Julián Zugazagoitia, Bilbao, 1998, 162 págs. Primera guerra en la que la prensa jugó un papel muy destacado, asegura el autor, que centra su atención en los dos gigantes americanos y en su rivalidad como motor de la prensa sensacionalista.

Fragmentos del 98. Prensa e información en el año del desastre, Alvaro Armero, Consejería de Educación y Cultura, Comunidad de Madrid, 1998, 208 págs. Abundantes y muy variados recortes de prensa de 1898, ordenados cronológicamente y con unas breves introducciones para cada uno de los meses del año.

El camino hacia el 98. Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo, Leonardo Romero Tobar, ed., Fundación Duques de Soria y Visor, Madrid, 1998, 315 págs. Excelentes trabajos sobre, entre otros, Pérez Galdós, Valera, Clarín, y varias piezas de original investigación sobre corrientes literarias y relaciones entre literatos y prensa periódica completan una de las obras más novedosas de las aparecidas en el año.

Léxico del 98, Consuelo García Gallarín, Editorial Complutense, Madrid, 1998, 281 págs. En literatura, el 98 -o el fin y comienzo de siglo- lo cambió todo, empezando por el léxico. Un exhaustivo catálogo de voces y significados de la época ha recopilado la autora con elocuentes ejemplos de su uso.